Rincón de la cultura

MARTA FERNÁNDEZ BUENO
CSIM - Universidad Complutense de Madrid

Revisando el tópico: Cuando el río suena...

De momento, y hasta que los avances técnicos y cibernéticos digan lo contrario, la clase de lengua es un acto de comunicación entre personas. El vehículo utilizado es fundamentalmente la lengua, pero hay muchos otros factores coadyuvantes: el gesto, las características propias del docente, entre otros. Lo quiera o no, el profesor se convierte en emisario, embajador y ejemplar transmisor de la lengua y la cultura que enseña.

Si la enseñanza y aprendizaje de una lengua se limitaran únicamente al plano lingüístico, no surgirían, como en efecto sucede, malentendidos y dificultades —tanto dentro como fuera del aula—, que podemos atribuir a una diferente identidad cultural. Las diferentes lenguas nos remiten también a diferentes culturas, y uno de los capítulos más interesantes del aprendizaje de esa nueva lengua es también el descubrimiento y conocimiento de un nuevo código cultural.

A lo largo de estas líneas quiero llamar la atención sobre algunas de las manifestaciones del «choque cultural» que, en mayor o menor grado, experimenta el individuo que aprende español, revisando los tópicos con los que, para bien o para mal, tenemos que bregar día a día, como profesionales de la enseñanza y como miembros de esa comunidad, España. Revolviendo en bibliotecas y hasta debajo de los sillones sobre qué es *lo español* (si es que existe), he encontrado múltiples respuestas que hacen muy difícil —si no imposible— aportar aquí nada original. De forma que no es mi intención descubrir nada nuevo, sino reflexionar, en clave de ese humor gris marengo, tirando a negro, que caracteriza a tantos españoles, sobre cómo

somos y cómo nos ven los que por una u otra razón ponen pie en esta ibérica piel de toro.

En los años 60 se acuñó un *slogan* publicitario, que en ocasiones nos ha traído de cabeza y que ha servido al mismo tiempo para ridiculizar, ensalzar o definir el carácter y la esencia de este pueblo. Si en un principio, según afirma John Hooper, se utilizó aquel *Spain is different* para justificar la inmadurez ciudadana para afrontar formas de gobierno democráticas, a mi juicio el uso se ha ido modificando con el paso del tiempo, interpretándose la *difference* como desventaja para España. En otras palabras: *España es diferente... a la baja.*

Las 1.001 Españas

En primer lugar, convendría hacer una salvedad: La realidad de España que percibe un visitante en las grandes capitales es radicalmente distinta de la que se encuentra a lo largo del trayecto cuando se viaja de una a otra. Todavía sigue habiendo, como poco, dos Españas: la de neón y la profunda; la que navega por Internet y la que queda a cien años de distancia y sirve de marco incomparable a las casas rurales.

No es extraño que se diga que España es uno de los países más visitados y más desconocidos a la vez. Muchos de nuestros turistas conocen exclusivamente la arena de las playas, pero poco podrían decir de las gentes. Afortunadamente, cada vez va siendo mayor el número de visitantes que se interesa además por la cultura, la lengua y la forma de ser de este pueblo, internándose en su geografía y desafiando las dificultades, no sólo del terreno, sino de sus infraestructuras, que no tienen nada que envidiar e incluso podrían competir con cualquier país «en vías de desarrollo». Una vez que el visitante supera ese bautismo de fuego, que pone a prueba los límites de su paciencia, habrá adquirido un conocimiento más profundo de lo que es este país. En parte, porque a esas alturas comprenderá el verdadero significado de las palabras *aguante* y *abnegación*, que son también parte de nuestra forma de ser.

Llegar a algunos rincones de este país supone un retroceso de años en la civilización. Algo que debemos y no podremos pagar nunca a quienes nos han gobernado. Ese contraste, ese primitivismo, la condición de «reserva prehistórica europea», es lo que en muchos casos atrae al viajero del exterior. Después de tantos esfuerzos por sacudirnos y quitarnos de encima los símbolos más típicos del tópico, por darnos siquiera un barniz de modernidad, los valores que más demandan los turistas (y hasta cierto punto eso son también nuestros estudiantes) son esos gestos y ceremoniales arquetípicos: el tablao flamenco, la corrida de toros y la pasión arrebatadora. La España de la pandereta emergiendo junto al euro con más fuerza que nunca.

Los españoles llevan reloj

Y no sólo de adorno. La antológica falta de puntualidad es uno de los tópicos que puede contrastar y experimentar en propia carne el visitante de nuestro país. En ocasiones, uno se pregunta si no habrá aquí otra medición del tiempo, distinta a la que rige el resto del mundo. Que en Canarias siempre haya una hora menos no nos sorprende. Lo exasperante es que en la península haya a veces media hora más (o incluso una) de espera. Los aeropuertos constituyen ya casi un fenómeno paranormal. La ausencia de horarios hace de la situación algo esperpéntico si no fuera tan trágico. *Spain is different.*

Claro que el visitante de nuestro país no siempre tiene que vérselas con nuestra particular manera de medir el tiempo. En mi experiencia personal, y aunque tal vez fuera del aula la realidad fuese otra, los alumnos con los que he tratado miraban sus relojes con incredulidad al ver que sus clases empezaban... ¡puntualmente! Cada cual interpretaba esa contravención de manera distinta. Había quien se sentía francamente molesto por esa «falta de elasticidad» en el horario (¡para puntuales ya están los centroeuropeos!), y aunque no lo expresara abiertamente, podía percibirse su enfado, al ver que no podía prolongar algo más su exposición al sol, que —no nos engañemos—, es nuestra más funesta competencia en los meses de calor.

Y volviendo a los aeropuertos: recuerdo que hace ya años pasaba el rato en las salas de espera de los aeropuertos del extranjero tratando de imaginarme de dónde era cada cual. En el caso de l*as* español*as*, lo tenía fácil: «Por sus hombreras las reconoceréis». Nadie más se ponía hombreras con camisetas de verano (claro que los alemanes y sus inefables sandalias con calcetines también se reconocen con igual facilidad). Si lo pensamos bien, los españoles de todas las edades, incluida también la juventud, de la que cabría esperar una actitud más disidente, presentan una marcada tendencia a la uniformización. Tal vez tenga razón Hooper al señalar el carácter gregario del español y el miedo a desmarcarse y a salirse de la raya como una de sus características más sobresalientes. Yo, al menos, comparto su opinión.

La improvisación como actitud vital

En música y en otras facetas del arte se ensalza la improvisación, que incluso da nombre a famosos cuadros. En la vida diaria la improvisación es denostada y rebajada a la categoría de «chapuza». La lamentable falta de organización, el desperdicio de energías humanas y materiales es otra de las manifestaciones de lo hispánico que más llamará la atención a quien

nos visite. Claro que no siempre es así, y (para nuestra desgracia) los estudiantes dentro del aula saben cuándo esto no ocurre. Por esa razón está una aún más sensibilizada en este tema, porque es una verdadera lástima que muchas veces los esfuerzos de muchos sean baldíos por una organización precaria que deja tantos cabos sueltos y se encomienda a San Última Hora como patrón de los entuertos para que los solucione. Por suerte, creo que los estudiantes tienen suficientes argumentos en sus manos como para saber que no siempre y no todos somos devotos de ese santo.

En cualquier caso, parece que el dicho *No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy* ha dado paso a un No dejes para mañana... *lo que puedas hacer la semana que viene*. Creo que sí son congénitas nuestra reticencia a la planificación y la tendencia a dejarlo todo para el último momento, pero curiosamente una aportación cultural como ésta, tan netamente española, se ha internacionalizado en lengua inglesa y las ofertas de avión más baratas son las «*last minute*», aunque por suerte las noticias siguen siendo «de última hora». Paradojas ibéricas.

Por Internet me llegó hace tiempo un articulito tan ocurrente como mordaz sobre la división del trabajo en España. Era una competición de embarcaciones en la que el equipo español estaba formado por un director, tres subdirectores, cuatro adjuntos, cinco gerentes y un subalterno que recibía órdenes de todos los demás. Huelga decir que el equipo ganador no fue el español. Es, una vez más, paradójico que un país con tantos medios económicos y humanos para la administración de las tareas, esté, sin embargo, colapsado y empantanado por su mal funcionamiento. Y es tristísimo que tantas ideas brillantes —que no han inventado *ellos*—, que tantos proyectos ambiciosos y factibles mueran por inanición en la mesa de algún despacho antes de recibir la atención necesaria y sin pasar siquiera un reconocimiento previo.

Y más contrastes: hace poco me confesaba un directivo británico su sorpresa por los horarios laborales habituales en España... le parecía escandaloso que alguien pudiera estar de 9 a 9 trabajando en una oficina. Con semejantes horarios es aún más sorprendente que siga habiendo vida nocturna, que los mismos que están a altas horas de la madrugada acodados en la barra de un local y rebañando la noche, estén al día siguiente al pie del cañón (al menos físicamente) en sus puestos de trabajo. Tal vez el español esté desarrollando un espíritu hedonista que le lleva al disfrute inmediato de las cosas, tan lejano de la previsión que caracteriza al alemán, por ejemplo y tan distinto también del espíritu de abnegado sacrificio propio de la generación española de la posguerra. En cualquier caso, que muchas personas sean capaces de estar en misa por las noches y repicando al día siguiente en sus trabajos, les parece a muchos admirable. No sé cuánto habrá subido la venta de aspirinas y alka-seltzers en los últimos años. Imagino que mucho.

Pan y *tapas*. Gambas y servilletas

«*El pan*». Cuando aquella alumna alemana de sólida formación académica contestó así a la *pregunta ¿Qué es lo que más echas de menos de tu país?*, en el transcurso de una actividad lúdica en el aula, me llevé una enorme desilusión y hasta me indigné. Hace ya algunos años de aquello y hasta ahora no he conseguido entender el porqué de la contestación. En la primera estancia en un país desconocido, lo primero que llama la atención es lo más *primario*, no lo más *intelectual*, y en ese sentido, esas impresiones son muy valiosas por su inmediatez. Es fácilmente comprensible que alguien nacido en un país en el que las panaderías parecen auténticos museos, eche de menos aquella amplia oferta que puebla las estanterías, mucho más limitada aquí.

Pero si el pan es nuestra asignatura pendiente, no lo son las *tapas*, una insigne contribución a la cultura gastronómica universal y que ha pasado a engrosar, junto con la *siesta*, el vocabulario de otras muchas lenguas. Sin embargo y sin tratar de quitarle mérito, creo que su interés es más social que gastronómico: la comida como marco, como excusa para la reunión social. Y desde el momento en que estimula la comunicación, el intercambio, la charla..., cualquier forma de comida es válida. La *tapa* cumple, en ese sentido, su cometido con creces.

Y si de tapas se trata, no podemos aquí obviar uno de los capítulos, que para bien o para mal, marcan la cultura hispánica: el ritual del aperitivo. Para un alemán, acostumbrado a la «pulcritud colectiva» que mantiene asombrosamente limpias sus ciudades, resulta chocante no utilizar papeleras cuando se toma el aperitivo en cualquier bar. Rápidamente se acomodan a la nueva situación y optan igualmente por arrojar los desperdicios al suelo sin mayor miramiento. ¿Quién ha dicho que uno no se acostumbra enseguida a lo malo?

De risa

Aquí los bebés no se ríen. A esa conclusión llegué una vez que en Alemania le dije cosas a un bebé en la calle. Después de un buen rato, me miró como si yo acabara de aterrizar en una nave espacial venida de Marte. No siempre es así, evidentemente, pero sí es cierto que los españoles tenemos conciencia de la necesidad de «echarnos unas risas», de salir con los amigos y «hacer unas risas». El español se ríe casi hasta el borde de la histeria, tanto cuando hay motivos para ello como cuando los habría para el llanto. Los seminarios de *risoterapia* nos devuelven una actitud que nos ha librado muchas veces de la desesperación: la risa no es siempre sinónimo

de alegría de vivir, sino una técnica más de supervivencia. Que Dios nos conserve el humor...

Pero no sólo sorprende la facilidad del español para tomarse las cosas a chirigota: más de un visitante se extrañará de nuestro tono de voz. En contra de lo que pueda parecer, los españoles no discutimos constantemente. Cuando hablamos a gritos (en el autobús, en el restaurante...) no es que estemos a punto de llegar a las manos, es que hablamos así normalmente. Desconozco si estará probado científicamente, pero me da la impresión de que el nivel de ruido que soporta un español en una ciudad como Madrid es mucho mayor que el que soporta cualquier centroeuropeo y sin embargo el concepto de «contaminación acústica» sólo es familiar a quienes la padecen en los entornos aeroportuarios, pero no al resto de la población.

Viscerales, apasionados, orgullosos, tremendistas, vehementes, vitales, primitivos, tradicionales, envidiosos, individualistas, temperamentales. Sé que dejo muchas cosas en el tintero, que apenas sí he mencionado *la fiesta* ni *el flamenco*, que no he hecho alusión a la celebración de la Semana Santa —que tanto ha fascinado a directoras de cine, como Doris Dörrie— y que tampoco he recordado a nuestro más insigne representante, Don Quijote. España es pasional y sólo la pasión hace tolerables sus defectos. La amas o la detestas, y entre esos dos polos que no admiten términos medios, está el conflicto de cada uno y el choque cultural que sin *air bag* experimenta quien nos visita.

¿Qué hay de verdad en los tópicos? Y sin embargo, cuando el río suena, agua lleva.